

Buenos días, caminante...

Por un misterio profundo
que vedado al hombre está
desde la fundación del mundo
uno viene y otro vá.

Seigas

Por las veredas de tu vida, cada año, por lo ancho y a lo largo de la geografía española, vas llegando, forastero, al pueblo humilde, perezosamente dormido en un letargo de seculares sueños. Madrid, Barcelona, Valencia, Alicante..., todo quedó atrás, mientras tú, caminante, ibas contando kilómetros al encuentro de la tierra soñada. Por el horizonte grande de los verdes prados se pierde tu mirada impotente; un sol de septiembre, tibio y galante acaricia tu cara y resbala mansamente por los viejos tejados castellanos.

La entrada al pueblo es siempre emotiva para el que viene de fuera. De la alta torre caen diligentes las notas cantarinas de la "collejera", llamando a misa de alba. Un ganado de cabras atraviesa la calle y arrastra penosamente sus pezuñas, entre nubes de polvo con repique de cencerros, camino del campo. Alguna mujer, rocía la calle y barre curiosa a las puertas de su casa. Más arriba y del horno de la esquina viene hacia abajo un delicioso olorcillo a pastas tiernas que saben de tradicionales recetas. Los carros rechinando sobre sus ejes, van al trabajo de cada día y las puertas del mercado se abren para las madrugadoras amas de casa. Todo huele a limpio, a quietud, a sosiego... El aire es puro y, el primer saludo abierto y noble pone en tus labios, caminante, un impacto de caliente emoción... Luego, el abrazo cariñoso de los que acá quedaron: la madre, los hermanos, los tíos y primos. Todos a porfía ribalizan en obsequiante. Lo mejor para el que viene: el buen vino, la jugosa fruta, el jamón sabroso con amor curado, las olivas negras, las olivas verdes pacientemente aliñadas en las panzudas orzas, con tomillo y limón y... el trago largo que del botijo baja, de un agua fresca y mimosa que va apagando solícita los ardores últimos del incómodo viaje.

Reparadas las fuerzas, al cambio de las primeras impresiones, es de obligación la visita a la Virgen. Vuelves, caminante, al sendero vespertino de tus sueños... ese camino soñado que nunca se olvida, que es tema siempre de inmortales recordaciones.

El rocío en el aire va descansando ya sobre el verde césped; huele a yerba mojada y los árboles del camino se despiertan negligentes, abriéndote sus ramas en amoroso abrazo. Tus pisadas llegan a la gran plaza frente a la Ermita... ¡Los infantiles años la lejanía imprecisa de los dormidos recuerdos que se agolpan en tu cerebro como aves alborotadas...! En tu presencia, la Señora, Madre amorosa de los que sufren, de los que aman, de los caminantes que buscan en el más allá un cielo sin caminos, sin abrojos que desgarran los pies... De los altos ventanales cae un rayo de sol y, en los dorados capiteles duermen las plegarias de los que se fueron... Una oración, una sonrisa y el retorno por el camino ya andado donde cantan los pájaros colgados de los árboles, por donde discurren las nostalgias llevadas de la mano de los tiempos. Yo, caminante, llegué un invierno por este camino. Pálido el sol, el cielo gris, solitario el campo. Una devota mujer peregrinaba a la ermita, apretándose bajo su chal negro contra el helado cierzo que de la sierra venía, mientras desgranaba un rosario de oraciones que nunca se acababan. Por el sendero abierto, una alfombra de amarillas hojas que, crujen al paso nervioso de impacientes emociones. Hojas caídas del árbol secular, al impulso del viento: las hojas muertas de tantas ilusiones, de tantos recuerdos, de tantos seres queridos que el tiempo se los llevó del brazo de la muerte... ¿Quién no siente, caminante, la impronta emocional por el libro abierto del histórico camino: cuando niños de la mano de los padres sueltos después con los chicos de la escuela, uncidos más tarde, al dulce yugo del amor primero cuando cantaban los pájaros en mayo y las flores se abrían en una promesa de blancos ensueños...? Pero, la tarde va declinando, las plomizas nubes acarician silentes la sierra Oliva; los carros cansinos, asmáticos, inician la vuelta y, sus ejes ressecos salmodian una melodía de dolorosos quejidos. El frío de este invierno manchego va metiéndose alevosamente por cada poro de mi cuerpo... El pueblo, la vila silenciosa, solitaria, como dormida en los siglos del medievo...; unas luces que no alumbran, presos que se pierden tras las puertas clausuradas de las añejas viviendas provincianas.